

RESISTENCIAS JUVENILES: TÁCTICAS CREATIVAS

Hugo César Moreno Hernández
Maritza Urteaga Castro-Pozo

SOCIALIDAD Y SOCIALIZACIÓN

El sujeto juvenil, la condición juvenil, las juventudes, las culturas juveniles, etcétera, son términos y nociones que buscan comprender la especificidad de las relaciones sociales, culturales, políticas y económicas de sectores sociales que, en principio, se identifican a través de rangos de edad. Estos rangos, dependiendo de la instancia que los defina, pueden considerar a las personas entre los 12 y los 29 años de edad, o de los 15 a los 30 o hasta los 35, vaya, no haya una delimitación general, depende del contexto sociopolítico. Por otro lado, también se distingue entre adolescentes y jóvenes, definiendo un momento vital que va de los 12 a los 17, sobre todo ahí donde la situación de minoría de edad se inscribe en los cuerpos en cuanto limita el ejercicio pleno de derechos políticos, pero también asumiendo que este momento vital presenta, como explica Elena Azaola (2019), una especificidad etaria, y cuando se incluye en grupos de edad amplios, 0-17 años o 15-29, el grupo de edad de los 12 a los 18 años, queda oculta y un tanto excluida, respecto a los problemas que enfrentan y la atención que requieren, impidiendo diseñar políticas públicas focalizadas. Azaola recupera descubrimientos de las ciencias del comportamiento y neurociencias, que entienden la adolescencia momento donde el cerebro está en proceso de maduración y es extraordinariamente maleable y vulnerable. Además, va-

rios esfuerzos legislativos para garantizar el desarrollo libre y digno de este segmento poblacional, fundamentan reformas a los sistemas de justicia juvenil con el desarrollo conceptual de la adolescencia (Azaola, 2019). Por nuestra parte, preferimos identificar juventudes y alejarnos de la idea del “adolescente”, no porque esté teóricamente equivocada, sino porque supone un imaginario social que convierte a los jóvenes en sujetos pasivos. Sin embargo, comprendemos que el diálogo transversal entre disciplinas precisa mantener términos que logren hacer de las tensiones conceptuales algo productivo para la comprensión de fenómenos complejos. En este sentido, asumimos un enfoque de juventud, el cual, asume en el sujeto juvenil como actor creativo y activo en las producciones sociales, culturales, económicas y políticas de sus entornos inmediatos y más allá de estos.

Las preguntas ¿qué es la juventud? ¿quiénes son los jóvenes? ¿Cómo se subjetivan? ¿La subjetivación juvenil tiene su propia especificidad? Y muchas más, implican que la aparición del sujeto juvenil es un tanto reciente, moderna, si se quiere y no está definida únicamente por la edad. Se define por la aparición de un momento vital que separa la niñez de la adultez, algo que sucede de manera bien definida sólo en las sociedades modernas, sobre todo con la transformación de instituciones como la familia y la aparición de procesos formativos educativos, es decir, el dispositivo escolar y su función de producir sujetos cívica y técnicamente dotados (Feixa, 1999; Foucault, 2017; Moreno, 2021). La juventud es el resultado no esperado de dichos procesos que podemos identificar como socialización. La socialización permite un proceso distinto, no necesariamente opuesto, aunque llegue a oponerse, como relación de poder, la socialización implica su resistencia, entendida ésta como creatividad. Nos referimos a la socialidad. Ésta no es lo contrario a la socialidad, no está fuera, sino anidada en ella, la permite en cuanto se ha dejado este proceso a dispositivos como el escolar al reunir a los pares y ofrecer el espacio social desde el cual compartirán y producirán saberes propios en una relación más horizontal y fuera de la mirada adulta. Como explica Michel Maffesoli, “lo social descansa en la asociación racional de individuos que tienen una identidad precisa y una exis-

tencia autónoma” (1990: 173), lo que podemos llamar estudiantes, aquella subjetividad monovalente que quiere producir el dispositivo escolar, a través de una relación vertical, “mientras que la socialidad cuenta, por su parte, con la ambigüedad fundamental de la estructuración simbólica” (Maffesoli, 1990: 173), la relación horizontal que comparte y produce saberes específicos entre los pares. La reunión, el estar juntos, de sujetos que comparten características (edad, clase social, etnia, género, etcétera), no se ajustará exclusivamente a las búsquedas del dispositivo en operación (por ejemplo, el escolar que busca formar ciudadanos política y económicamente capacitados), porque “las formas de agregación pueden privilegiar ya lo político ya lo que, según vengo proponiendo desde hace tiempo, se puede denominar como la socialidad” (Maffesoli, 1990: 125). Después de la segunda guerra mundial, en la década de 1950, con la aparición del rock & roll, surge el primer mercado destinado exclusivamente al público juvenil, se consolida la “primera cultura auténticamente internacional-popular”, este mercado y el “alargamiento de la permanencia de los jóvenes y las jóvenes en instituciones educativas [...] consagran el nacimiento de una nueva clase de edad en los países industrializados” (Feixa, 2006: 9). La “cultura juvenil”, entendida como un proceso autónomo a las relaciones verticales de socialización, pero con epicentro en la escuela, adquiere sus contornos más definibles, porque “la escuela no sólo ofrecía una cultura académica, sino un espacio de sociabilidad compuesto por una serie de rituales [como] deportes, clubes, sonoridades y fraternidades, bailes y fiestas de graduación, cines al aire libre, etc.” (Feixa, 2006: 9). La socialidad, anidada en un proceso vertical de socialización, promovió una subjetivación juvenil con valores éticos, estéticos y lingüísticos alternos a los promovidos por la socialización:

...aparición de códigos segregados según los grupos de edad: las diferencias en el lenguaje (verbal y no verbal), la estética (o la moda), la ética (o los sistemas de valores), las producciones culturales (progresivamente mercantilizadas) y las actividades focales (progresivamente centradas en la

sociedad del ocio), van creando las condiciones no sólo para la “invención” de nuevas categorías de edad (como la adolescencia y la jubilación), sino para la emergencia de “culturas” basadas en la edad (el ejemplo más emblemático sería la emergencia de la cultura juvenil tras la Segunda Guerra Mundial). Estas culturas de edad tienen dos ámbitos de expresión: las llamadas “macroculturas” (redes culturales de ámbito general o universal, como los medios de comunicación y el mercado del ocio) y las “microculturas” (redes culturales localizadas, como el grupo de pares, las asociaciones juveniles y las tribus urbanas) (Feixa, 2000: 83).

Preferimos el término socialidad al de sociabilidad (como lo usa Feixa), con el fin de evitar el equívoco y para mantener la forma utilizada en las traducciones hechas a la obra de Maffesoli, que nos parece un neologismo capaz de captar la especificidad del término. Una definición de diccionario de la palabra “sociabilidad” es: “Cualidad de sociable o actitud de la persona sociable”. La socialidad no refiere a dicha cualidad, ni siquiera se asume la necesidad de la sociabilidad para la ocurrencia de los procesos de socialidad. Si asumimos la idea de que la socialidad es el proceso no esperado surgido por el ejercicio vertical de poder sobre los sujetos, la horizontalidad permitida por la proxemia emerge casi como reflujo y crea espacios donde la agregación, simplemente, sucede y se comparten y producen saberes. Si como dice Maffesoli, “al igual que ocurre con la persona y sus máscaras en la teatralidad cotidiana, la socialidad es estructuralmente astuta e insalvable” (Maffesoli, 1990: 28), entonces podemos comprender la socialidad como una respuesta táctica a la estrategia institucional. Respuesta en un sentido de resistencia. Entendemos resistencia desde las aportaciones de Michel Foucault y Gilles Deleuze. Si la socialidad no está en oposición de la socialización, sino que aparece como resultado de su ejercicio, y si la socialización es un ejercicio de poder, entonces, la socialidad tiene, para decirlo de alguna forma, la misma consistencia que la resistencia, esto es, no es una reacción al ejercicio del poder, tampoco debe entenderse como una respuesta en sentido negativo, aunque llegue a con-

trariar los mecanismos de un dispositivo de poder. La resistencia no es una sustancia “no es anterior al poder que se opone. Es coextensiva al mismo y rigurosamente contemporánea” (Foucault, 2000: 171). Si la resistencia es una oposición al poder, la socialidad puede llegar a serlo también, pero no es opuesta en sí, mientras que sí es coextensiva y contemporánea de la socialización ejercida por dispositivos de control. La socialidad, como la resistencia, que no es la imagen invertida del poder, tampoco es la imagen invertida de la socialización, está dentro, pero se extiende por el eje horizontal. Dice Foucault, respecto a la resistencia que, “para resistir tiene que ser como el poder. Tan inventiva, tan móvil, tan productiva como él. Es preciso que, como él, se organice, se coagule y se cimiente. Que vaya de abajo a arriba, como él, y se distribuya estratégicamente” (Foucault, 2000: 171). La socialidad no es en sí una resistencia, sino una relación intersubjetiva que produce acciones de resistencia frente a acciones de poder, es decir, en la socialidad se dan relaciones de poder horizontales que posibilitan acciones de resistencia en el eje vertical de la socialización, porque “desde el momento mismo en que se da una relación de poder, existe una posibilidad de resistencia. Nunca nos vemos pillados por el poder: siempre es posible modificar su dominio en condiciones determinadas y según una estrategia precisa” (Foucault, 2000: 171), la socialidad está en esas “condiciones determinadas” (la casa, la escuela, la fábrica, el cuartel, el hospital, la calle, etcétera). Ahora bien, es preciso detenernos en dos situaciones, primero, el asunto de la “estrategia precisa”, después en la capacidad creativa de la resistencia en cuanto es inventiva, móvil y productiva como el poder.

TÁCTICAS Y ESTRATEGIAS

En la introducción de *La invención de lo cotidiano*, Michel de Certeau (2000) define con claridad la diferencia entre tácticas y estrategias para pensar las relaciones de poder, en resumen, una táctica es sutil, momentánea, audaz y, casi siempre, en contrasentido a las formas im-

perantes de las relaciones de poder, por ello, es resistencia, en la medida que no acumula poder; por su parte, la estrategia es un ejercicio orquestado, más deliberado, capaz de acumular poder hasta devenir institución, esto no significa que, necesariamente, las estrategias estén formuladas según la orientación imperante de las relaciones de poder. Para Maffesoli, “la palabra consuetudinaria, o el secreto compartido, es la principal argamasa de toda socialidad” (Maffesoli, 1990: 60), en ese sentido, está cerca de la forma táctica en cuanto ésta “no tiene más lugar que el del otro” (Certeau, 2000: L). La socialidad sucede con el otro cuando ocupan el mismo tiempo y espacio para tensar una línea de horizontalidad en su relación con otra línea de verticalidad. Al igual que la táctica, la socialidad está más arraigada al presente, “necesita constantemente jugar con los acontecimientos para hacer de ellos ‘ocasiones’” (Certeau, 2000: L). Al ser horizontal, precisa del compartir, del estar juntos, de la proximidad de cuerpos compartiendo saberes imprecisos, tácticos, es decir, desprendidos de las propias relaciones de socialización, “sin cesar, el débil debe sacar provecho de fuerzas que le resultan ajenas” (Certeau, 2000: L). Haciendo una concesión, quizá errónea o sospechosa de un forzamiento conceptual, la “estrategia precisa” de la que habla Foucault para resistir en “condiciones determinadas”, expresa la táctica cotidiana acaecida en la horizontalidad de la existencia. Sin embargo, no hay que olvidar que en las relaciones de poder verticales arriba-abajo, los dispositivos, además de ser estratégicos, cuentan con tácticas para relacionarse en lo micro, esto es, hay una microfísica del poder, observada gracias al método genealógico, que insiste en “la necesidad de recurrir a los análisis hechos en términos de genealogía, de relaciones de fuerza, de desarrollos estratégicos, de tácticas. A mi juicio no hay que referirse al gran modelo de la lengua y los signos, sino al de la guerra y la batalla” (Foucault, 1999: 45). Aquí, táctica y estrategia remiten a la relación de fuerzas bajo el entendido de que existe una lucha por mantener la verticalidad, por parte de los dispositivos de poder, y por presionar para jalar hacia la horizontalidad el eje, Foucault no los distingue tan detalladamente como Michel de Certeau, mucho menos indica que la táctica sea, por decirlo de alguna forma, propia de los débiles, pues comprende que

desde el dispositivo, que opera estratégicamente, se despliegan tácticas en la cotidianidad y entre los cuerpos en relación, “hay que pensar en el doble condicionamiento de una estrategia por la especificidad de las tácticas posibles y de las tácticas por la envoltura estratégica que las hace funcionar” (Foucault, 1998: 122-123). Es decir, táctica y estrategia se relacionan según los ordenamientos operativos del dispositivo específico y las afectaciones sobre los cuerpos para que éstos se muevan, ordenen y orienten según las necesidades funcionales del dispositivo en cuestión. El dispositivo ejerce un poder vertical de arriba abajo para producir una subjetividad específica a través de disciplinas, saberes, normas, etcétera: “su productividad táctica (qué efectos recíprocos de poder y saber aseguran) y su integración estratégica (cuál coyuntura y cuál relación de fuerzas vuelve necesaria su utilización en tal o cual episodio de los diversos enfrentamientos que se producen)” (Foucault, 1998: 125). De Certeau confirma la situación de lucha cuando estima que en la táctica la “síntesis intelectual tiene como forma no un discurso, sino la decisión misma, acto y manera de ‘aprovechar’ la ocasión” (2000: L), lo cual es válido para los movimientos tácticos formulados desde una posición estratégica (la estrategia tiene un lugar propio desde donde se maneja hacia su exterioridad), pero fundamental para observar las resistencias, porque lo táctico es la forma en que los débiles o dominados ejercen poder en la verticalidad de abajo arriba. De esta manera, las líneas verticales se cruzan con líneas horizontales para dibujar la cuadrícula de las relaciones de poder. Cada línea vertical es un dispositivo, cada cruce con una línea horizontal significa el despliegue de tácticas donde la verticalidad es cuestionada y produce nuevas líneas transversales, que habitan las cuadrículas de manera no operativa, sino existencial.

Cuanto más avanzo, más me parece que la formación de los discursos y la genealogía del saber deben ser analizados a partir no de tipos de conciencia, de modalidades de percepción o de formas de ideologías, sino de tácticas y estrategias de poder. Tácticas y estrategias que se despliegan a través de implantaciones, de distribuciones, de divisiones, de controles de

territorios, de organizaciones de espacios que podrían constituir una especie de geopolítica, a través de la cual mis preocupaciones enlazarían con sus métodos (Foucault, 1999a: 326).

En el cuerpo a cuerpo táctico, la verticalidad se resiente, los sujetos resisten a las imposiciones de los dispositivos a través de “artes de poner en práctica jugarretas, astucias de ‘cazadores’, movilidades maniobreras, simulaciones polimorfas, hallazgos jubilosos, poéticos y guerreros” (Certeau, 2000: L). Es en ese cruce de las líneas forzando a la horizontalidad donde suceden los procesos de socialidad. La socialidad es una inversión no estratégica de la táctica del dispositivo escolar, el estar juntos, compartir espacio social, permite la resistencia a través de la creación de valores éticos, estéticos y lingüísticos no sancionados por el mundo adulto. Foucault dice, respecto al dispositivo de la sexualidad que:

Si mediante una inversión táctica de los diversos mecanismos de la sexualidad se quiere hacer valer, contra el poder, los cuerpos, los placeres, los saberes en su multiplicidad y posibilidad de resistencia, conviene liberarse primero de la instancia del sexo. Contra el dispositivo de sexualidad, el punto de apoyo del contraataque no debe ser el sexo-deseo, sino los cuerpos y los placeres (1998: 192).

Eso sucede con la socialidad. Michel Maffesoli distinguió socialidad de sociedad como una forma íntima y cotidiana acaecida en el estar juntos, que escapa de las tácticas verticales a través de las tácticas horizontales desmarcándose de la racionalidad dura de los núcleos operativos (educación, formación, producción, reproducción-sexo, salud, etcétera) a través de los afectos corporales y la cotidianidad capaz de darles la vuelta.

El orden efectivo de las cosas es justamente lo que las tácticas “populares” aprovechan para sus propios fines, sin ilusiones de que vaya a cambiar de pronto. Mientras sea explotado por un poder dominante, o simplemente negado por un dis-

curso ideológico, aquí el orden es engañado en juego por un arte. En la institución de que se trate, se insinúan así un estilo de intercambios sociales, un estilo de invenciones técnicas y un estilo de resistencia moral, es decir, una economía de la “dádiva” (de generosidades en desquite), una estética de las “pasadas” (operaciones de artistas) y una ética de la tenacidad (mil maneras de rehusar al orden construido la condición de ley, de sentido o de fatalidad) (Certeau, 2000: 31-32).

En síntesis, la socialidad sucede en el eje de la horizontalidad donde se dan las resistencias en forma táctica, no estratégica, y aunque no sea imposible la consolidación de estrategias desde abajo, la consolidación de instituciones siempre tirará a la verticalidad, sobre todo en lo que respecta al tiempo y el espacio, porque mientras “las estrategias ponen sus esperanzas en la resistencia que el establecimiento de un lugar ofrece al deterioro del tiempo; las tácticas ponen sus esperanzas en una hábil utilización del tiempo, en las ocasiones que presenta y también en las sacudidas que introduce en los cimientos de un poder” (Certeau, 2000: 45). El estar juntos puede alargarse en el tiempo y lugar, pero es el encuentro, más que la permanencia, lo que permite el despliegue de tácticas de abajo arriba, porque “aun cuando los métodos puestos en práctica por el arte de la guerra cotidiana jamás se presentan bajo una forma tan marcada, esto quiere decir, no obstante, que las apuestas sobre el lugar o sobre el tiempo distinguen las maneras de actuar” (Certeau, 2000: 45), de ahí que el presentismo sea una característica importante de la socialidad.

RESISTENCIA COMO CREACIÓN

Siguiendo las premisas de ¿Qué es un acto de creación?, de Gilles Deleuze, asumimos la creación según la noción de resistencia ahí desarrollada. Un acto de creación se asemeja mucho más a un acto de resistencia, porque va contra los canales de comunica-

ción establecidos, porque rompe con ellos y abre una nueva vía al pensamiento. En términos del trabajo, para seguir con el ejemplo, “Un creador no es un sacerdote que trabaja por placer. Un creador no hace más que aquello de lo que tiene una necesidad absoluta.” (Deleuze, 2008: 282). Entendiendo que resistir es crear. Esto es, no comprender la resistencia como pasividad, tolerancia, aguante o estado, sino como un resultado, el resultado de una agencia, de una acción. La creación como acto de resistencia.

Las actividades creativas de los jóvenes en música, arte, apropiación de la calle, intervención en los espacios habitados y que les habitan, resultan elocuentes para pensar cómo abordar, desde la resistencia como creación, las formas de afrontar las acciones criminalizantes, entendiendo por criminalizar las acciones gubernamentales que elevan a ley formas de estar, habitar y territorializar, como única manera de responder a fenómenos complejos como los efectos del crimen organizado y otras expresiones de transgresión de la ley.

Otra posibilidad para abordar esto es a través de la idea de contra-información del mismo Deleuze:

... No hablemos de obra de arte, digamos simplemente que hay contra-información. Hay países sometidos a dictaduras, en condiciones especialmente duras y crueles, y hay contra-información. En la época de Hitler, los judíos que llegaban de Alemania y que fueron los primeros en hacernos saber que había campos de exterminio, hacían contra-información. Hemos de constatar que la contra-información nunca ha sido suficiente para hacer nada. A Hitler no le preocupaba lo más mínimo la contra-información. Con una excepción. ¿Cuál? Esto es lo importante. La respuesta sería que la información sólo se vuelve eficaz cuando es - y lo es por naturaleza- o llega a ser un acto de resistencia. Y el acto de resistencia no es ni información ni contra-información. La contra-información no es efectiva más que cuando se convierte en acto de resistencia (Deleuze, 2008: 288).

La idea de contra-información permite observar las producciones éticas, estéticas, lingüísticas y afectivas de los jóvenes en la interacción de lo dado, para pensar con Michel de Certeau y la noción de tácticas, como esas acciones cotidianas que resisten creativamente a lo supuestamente incommovible, desde la intervención callejera hasta la profusión de mensajes e imágenes en las redes sociales virtuales y cómo esto activa las intenciones criminalizantes de los Estados, expandiendo la tipificación de delitos mediante el uso y abuso de ideologías o pseudoteorías como la cero tolerancia, “ventanas rotas” o el derecho penal del enemigo. Contra-información que va desde la producción de memes, pasando por la creación artística y los llamados a la movilización por los nuevos canales de comunicación, hasta los testimonios y documentación de violaciones a los derechos humanos de los jóvenes. Siguiendo con Deleuze, si “Únicamente el acto de resistencia resiste a la muerte, ya sea bajo la forma de una obra de arte o bajo la de una lucha humana” (Deleuze, 2008: 289), entonces es bajo esta noción que es posible construir un aparato de observación y análisis capaz de vincular la creación y la criminalización sin asumir estos procesos de manera separada, como una tensión de polos positivos y negativos, sino como una tensión de las relaciones de poder que definen las maneras de ser joven en las sociedades contemporáneas.

De ahí que comprendamos la creatividad de las juventudes como formas tácticas y estratégicas para resistir la precarización a la que están expuestos desde hace varias décadas. La noción de socialidad ha logrado mayor consistencia para comprender el estar juntos de las juventudes según su relación con diversas instituciones, comprendiendo la socialidad como una forma horizontal donde suceden aprendizajes, intercambios y construcciones sociales, culturales, políticas y económicas, siguiendo una línea que la mayoría de las veces entra en tensión con la función de socialización de dichas instituciones, desde donde se les unidimensionaliza y precariza. La resistencia es un proceso de creación que se despliega en la socialidad frente a la operación de diversos dispositivos de poder, no busca, necesariamente, la transformación radical, pero sí logra el cambio permanente. Las

resistencias están presentes en todos los cruces estratégicos de la red de poder, donde hay poder hay resistencia. Bajo estos elementos teóricos, se afina el llamado “enfoque de juventud”, el cual asumen en las juventudes agencias de transformación social potentes y capaces de promover cambios sociales importantes. En una oración: las juventudes no son el futuro, son el presente. En el particular de este dossier aparecen productos de investigaciones que analizan la relación de las juventudes con distintos dispositivos de poder: la cárcel, la urbanística, la racialización-etnicidad, la ley, la formación de profesionales hiperespecializados, los mercados, etcétera.

JUVENTUDES EN SUS ENCRUCIJADAS

En este dossier se logran apreciar los cruces de dispositivos que ponen en distintas encrucijadas a las juventudes. La pluralidad del término se siente en la diversidad de temas y circunstancias analizadas por cada trabajo. En “Tácticas de supervivencia de las juventudes de la cultura callejera en Xalapa”, la investigación se centra en la dureza de la vida en las calles, analizando cómo se habita ese espacio, forjando resistencias con múltiples actores. Los cruceros de la ciudad de Xalapa son el lugar territorializado por jóvenes habitantes de la calle, donde forman liderazgos callejeros, aceptación de la colectividad, destreza en el uso de las herramientas para limpiar parabrisa y la comprensión del código de socialidad callejero (caliche). Estos sujetos acumulan tantas exclusiones, que la integración en la economía ilegal no es rara, a través del acceso, consumo y venta de sustancias ilegales junto con la piratería, robo de celulares, aparatos electrónicos. En este sentido, el autor sostiene que la condición social impuesta de excedencia humana y la desprotección social, produce valor para la ilegalidad y criminalidad gracias a la invisibilidad social, la descuidadización, la criminalización social y la negación de la justicia a estos sujetos. De esta manera, la banda, forma en que definen la agregación para habitar los espacios intersticiales de una ciudad que preferiría eliminarlos, se

convierte en el reconocimiento compartido que se actualiza y recrea en ocasiones extraordinarias de resistencias para desbordar las formas históricas de regulación y control social en las ciudades modernas.

Con el artículo “Prácticas de resistencia juvenil: sobrevivir la calle, el espacio público y los espacios de encierro”, se continua con el análisis de la territorialización de la calle y otros espacios. Si bien tanto este trabajo como el anterior no están poniendo el punto en la calle como lugar social donde también sucede el encuentro entre pares y, por ende, suceden procesos de socialización, es preciso abundar aquí un poco más. Si bien la escuela resulta el espacio por antonomasia para pensar el origen de la juventud, la calle de las grandes ciudades, convertidas en polos de atracción de migrantes, es otro espacio emblemático para pensar en socialidades con horizontalidad distinta a la generada en la escuela. La calle es más intersticial y más fácil de llenar en cuanto, a pesar de estar también vigilada, las oscuridades y ocultamientos a la mirada adulta se multiplican. Así, fenómenos como las pandillas o las tensiones de clase, producen un efecto de repelencia a la escuela que lleva a habitar la calle con más ahínco (Trasher, 2021; Lewis, 2017; Feixa, 1998), pero no sólo son estas tensiones, sino también efecto de las miserias producidas por el sistema de sociedad que presiona al dispositivo familiar llevando a ambos padres al empleo, dejando a los hijos al alcance de sus pares. Es en este territorio de socialidad donde se cruzan los trabajos presentados por Arturo Narváez y por Ricardo Ernesto y Jaime Olivera, la calle y el espacio público. En el segundo caso, indagan sobre las capacidades de apropiación de los espacios -públicos y privados- para constituir una resistencia ante las condiciones de precarización de las condiciones de vida. Así, las calles y los parques se analizan como territorios habitados y también suman al análisis los territorios de encierro penitenciario, produciendo en el imaginario social poblaciones que se suponen sin agencia, sugiriendo que la mayor parte de sus acciones están vinculadas a la tutoría adulta. Para los autores, esta doxa se debe desdoblar hacia el cuestionamiento sobre cómo las condiciones de abandono institucional de las juven-

tudes habitantes de dichos espacios son también productos de las posturas adultocéntricas. Los autores parecían que el habitar social, como joven en el marco de la residualidad y como grupo central de las administraciones de los olvidos sociales, se hace más cruento y para las poblaciones que viven en las calles de las ciudades fronterizas, ya sean migrantes internos o externos, la realidad de sus territorializaciones significa habitar el riesgo, esto es más que sobrellevar la precarización, representa las posibilidades de apropiarse de los espacios en aras de habitar la calle, el espacio público y sus corporalidades, siempre bajo las relaciones de poder donde están en desventaja. Los espacios públicos, como la calle o el parque son lugares físicos y simbólicos, donde la apropiación, el dormir, el habitarlo y hacer de ese escenario un lugar reconocido por su presencia social, se convierte en un ejercicio de resistencia.

Por otro lado, este trabajo también indaga sobre la manera de habitar espacios de encierro. Ingresar a la cárcel por primera vez es el acto más disruptivo de toda una serie de acontecimientos que les suceden a los jóvenes encarcelados, no dicen los autores. La rutina y vida precarizada de la prisión se resisten de diversas maneras. Para estos jóvenes, resistir a procesos de adaptación constantes y de sufrimiento, es a lo que se enfrentan cotidianamente.

Roger Magazine presente el trabajo “Cuestionando el individualismo y la comodidad: propuestas rebeldes en los aficionados futbolísticos mexicanos”, donde analiza otra forma de habitar los espacios públicos a través de la participación en grupos de animación de equipos de fútbol profesional. La reflexión busca explorar las propuestas juveniles en contextos signados por el neoliberalismo, donde la individualidad, la producción económica, la competencia y la comodidad lograda a través del consumismo son centrales en los procesos de subjetivación e, incluso, funcionan como coartadas para criminalizar expresiones juveniles desplegadas desde los consumos. Magazine observa que los jóvenes pertenecientes a las agrupaciones de animación se rebelan a las relaciones sociales neoliberales con propuestas que no buscan transformaciones institucionalizadas y que se concretan mediante el juntos, actuando como colectivos para

superar las adversidades de la vida y de la sociedad. Una manera que utilizan para lograrlo está asociada a su idea particular de “familia”, entendida no como institución fundamental de parentesco, sino como representación de la unidad, de la cooperación y de la lealtad.

En este número de Bajo el Volcán, aparece un bloque de artículos cuyos ejes de análisis se centran en la emergencia de juventudes rurales e indígenas, emergencia de juventudes en el sentido de su producción a través de dispositivos como el escolar, el laboral, la migración y la identidad. En el trabajo “Subjetividades juveniles comunitarias: un debate sobre migrar, estudiar o ‘quedarse’”. Se propone observar la transmisión de los cargos, la condición de las mujeres, la participación en las asambleas y la apropiación de la tierra y los conocimientos que permiten la reproducción de la vida comunitaria, como una forma de producción de las subjetividades políticas juveniles en las comunidades indígenas, a quienes propone definir como juventudes comunitarias.

En el artículo se indaga sobre cómo los movimientos migratorios han transformado el curso del sistema de cargos normativos internos, ha generado diferencias económicas sustantivas al interior de las comunidades, e incluso se ha impuesto como un “rito de paso” a seguir por las juventudes comunitarias para asegurar la subsistencia familiar. Se asume que la migración debe ser comprendida como una construcción cultural que atraviesa las subjetividades y un fenómeno central en la emergencia de estas juventudes, para lograr delinear las características de una juventud indígena, desnaturalizar la noción de joven como categoría biológica universal para situarla desde el contexto histórico y sociocultural observarla desde esquemas de representación social y campos de acción diferenciados y desiguales.

A los procesos migratorios se suma la expansión de la escolaridad básica y media, la aparición de nuevos actores en el sistema educativo, para comprender cómo surgen cambios en los procesos de socialización comunitaria indígena, generando enfrentamientos con los valores de las comunidades, derivando en un dilema entre continuar con procesos formativos en los dispositivos escolares o permanecer en sus comunidades. Así, migración y educación son

factores que activan la salida del lugar de origen y dejan emerger a las juventudes comunitarias. El artículo enfatiza que el joven indígena debe ser analizado como un sujeto histórico en términos de concebirlo como un agente de cambio social inmerso en procesos que han conllevado a su transformación.

El trabajo “Sujetos y creativos: jóvenes rurales productores de gustos/consumos y jeans”, a través de la investigación con un grupo de jóvenes rurales de Tlaxcala, analiza la creatividad de esta juventud observándolos a través de su relación con el trabajo en talleres de confección de mezclilla. Estos jóvenes trabajadores de origen rural, se integran a la fábrica y mediante la producción y ornamentación de jeans logran incidir en el gusto social y en la creación de consumidores y estéticas. Convirtiéndose en productor de una economía política del gusto, porque posibilita el abastecimiento de mercancías para la satisfacción de preferencias y elecciones a través de la producción; recupera las dinámicas de la moda y los estilos en tendencia de las marcas y empresas transnacionales de jeans para emularlos total o parcialmente con la finalidad de asegurar la competencia con otros productores. Son jóvenes creativos, innovadores y con un conocimiento tácito e hiper especializado que les permite proponer estéticas propias en el mercado textil.

Estos jóvenes han consolidado un enclave de la moda, gracias a la creación de gustos y generación de nichos de consumo. El artículo observa cómo el trabajo puede convertirse en una forma agregativa para vivir la juventud, estar juntos e identificarse, visibilizando a esta juventud a través de la apreciación de sus capacidades para aportar con su trabajo, consumo y creatividad a la movilización y enriquecimiento de las formas simbólicas de carácter económico, político, social y estético en una dinámica lo global-local.

El ensayo “Mingas y reconocimiento: Anotaciones y provocaciones desde la identidad”, se cuestiona sobre la noción de identidad a través de la reflexión sobre la Minga Juvenil Nariño. Se plantea la cuestión de la identidad como un movimiento de deseo y extrañamiento, en la que los sujetos se reconocen dentro y en contra del mundo, la identidad puede ser más que una afirmación y algo más

fuerte que la negación al implicar la creación de escenarios políticos a manera de ensayos de formas para la vida. La Minga Juvenil Nariño, es un grupo de jóvenes que articulan esfuerzos para crear lugares distintos para la vida y el extrañamiento ante un mundo que aparece como inevitable e invariablemente dado, hace parte de identificar la fuerza con la que la ciudadanía y el trabajo disponen para la formación identitaria de cuadros productivos para el trabajo con diferentes formas de expresión, cobrando significado desde el arraigo que se remonta a tradiciones prehispánicas hasta la enunciación de la Minga cómo forma política concreta, que de manera cotidiana choca, juega y experimenta con otras formas.

Por último, el trabajo “Jóvenes científicos y su incursión laboral: una mirada etnográfica”, explora un tema quizá poco explorado en los estudios sobre juventudes: los jóvenes superespecializados y sus dificultades para encontrar espacios de desarrollo laboral. Aquí se muestran dos casos que permiten presentir cómo, a pesar de la superespecialización, las posibilidades laborales son pocas y precarias. Los estudios acerca de jóvenes investigadores en Latinoamérica son un tema reciente, nos explican Lizbeth Alejandra Posada Cano y David Cortés Arce, autores del estudio. El objetivo central de la investigación es señalar la invisibilización de los jóvenes investigadores, analizar las estrategias que despliegan para lograr sobrevivir en la corriente compleja de ser joven y buscar una plaza laboral fija en México.

Por supuesto, en este dossier no se da cuenta de la pluralidad de las juventudes con total cabalidad, es apenas una muestra de las distintas formas en que las juventudes se relacionan con las instituciones, sobre las tácticas de resistencia creativa ante realidades que les precariza y criminaliza, tanto frente al dispositivo escolar, como el laboral, o el urbanístico y los mercados. Sin embargo, este breve panorama mostrado como si cada artículo se ensamblara con los otros para crear un mosaico, sí muestra cómo el entrecruce de los distintos puntos de clivaje –género, clase, racialización, etnización, edad– promueven relaciones de poder distintas y, por ello, subjetivaciones juveniles capaces de articularse creativamente con dichas realidades.

BIBLIOGRAFÍA

- Azaola, E. (2019). "Adolescentes que cometen delitos violentos en México". En Moreno, H. C. & Urteaga, M. (Eds.), *Juventud, trabajo y narcotráfico. Inserción laboral de los jóvenes en organizaciones delincuenciales* (pp. 79-106). Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. <https://doi.org/https://doi.org/10.29340/en.v3n5.133>
- Certeau, M. de (2000). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Deleuze, G. (2008). "¿Qué es un acto de creación?" En *Dos regímenes de locos*. Valencia: Pre-textos.
- Feixa, C. (2006). Generación xx. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea. *Rev.latinoam.cienc.soc.niñez juv.*, 4(2), 21-45.
- Feixa, C. (2000). Generación @ la juventud en la era digital. *Nómadas* (Col), 13, octubre, 75-91. Universidad Central Bogotá, Colombia.
- Feixa, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Ariel. <https://doi.org/https://doi.org/10.1017/s0964028200260266>
- Foucault, M. (1998). *Historia de la sexualidad I. La Voluntad de Saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2000). "No al sexo rey". Entrevista por Bernard Henry-Lévy. En *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza.
- Foucault, M. (2000). "Verdad y poder". En *Estrategias de poder. Obras esenciales*, Volumen II (pp. 41-56). Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (2000a). "Preguntas a Michel Foucault sobre la geografía". En *Estrategias de poder. Obras esenciales*, Volumen II (pp. 313-326). Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (2017). *Los anormales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Maffesoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*. Barcelona: Icaria.
- Moreno, H. C. (2021). "Dispositivo escolar: experiencias y territorialidades". *Revista Diálogos sobre Educación, temas actuales en investigación educativa*, 24(13). Escuela, violencias y experiencias. Enero-junio. México, Universidad de Guadalajara. <https://doi.org/10.32870/dse.vi24.1146>.
- Thrasher, F. (2021). *La banda*. Barcelona: NED.
- Willis, P. (2017). *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*. Madrid: Akal.